



## Reseñas

---

**Género femenino:  
un ensayo autobiográfico**  
Florence Thomas, Aguilar, 2003.  
**Reseña de Fernando Toledo<sup>1</sup>**

---

Antes de adentrarme en *Género Femenino*, el último libro de Florence Thomas, quiero agradecer a la autora, y desde luego a Gustavo Mauricio García, editor del grupo Santillana, que me hayan invitado esta tarde con el fin de presentar esta obra diría yo, en el mejor de los sentidos, sui generis. Sin embargo, creo que quien me debería presentar es Florence, quien goza de un reconocimiento y de una admiración generalizados. No obstante es un honor estar aquí en la medida en que soy un convencido de que ella, y la gente que ha trabajado en el grupo *Mujer y Sociedad* de la Universidad Nacional de Colombia, han sido determinantes en un cambio de mentalidad que, respecto de la mujer y por extensión de otros grupos que aún continúan siendo advertidos como marginales, se ha venido dando con lentitud pero con firmeza en el país. Ojalá todos los colombianos se contagiaran de la manera de pensar y sobre todo de la forma de decir de estas mujeres que entienden el valor de la diversidad y que como una especie de voces amplificadas de las minorías, en una sociedad que arrastra con dificultad los preconceptos de más de cinco mil años, se encargan, en donde a bien tienen, de desencadenar la reflexión y ante todo de sembrar el respeto.

Ahora sí a lo que vinimos, a hablar de un libro cuya lectura no dejó de sorprenderme a cada párrafo y del cual mi opinión tiene una cierta discrepancia con lo que dice en la carátula. Es posible que lo que voy a manifestar plantee, en principio, las bases de una polémica con Florence; ya hemos tocado el tema y, al parecer, no coincidimos plenamente. Sin embargo, me he propuesto convencer a la autora, a lo largo de los próximos minutos, de que yo tengo razón. Cuando recibí el libro, me encontré con un subtítulo que me despertó una cierta curiosidad: después del nombre, *Género: Femenino*, como en un juego de retratamientos en conflicto, aparece en la portada la descripción ensayo autobiográfico que, con cierta socarronería, se empeña en menoscararle el protagonismo al retrato de una mujer cuya atmósfera, tal vez conseguida en una de esas playas normandas que huelen a frío, trae a la memoria los otoños que pasaba en Dauville o en Trouville Marcel Proust. Si bien la primera impresión visual sugiere un ámbito novelesco, en un pensamiento, acaso insinuado por mis propias ficciones, se me ocurrió que la fotografía, el chaquetón, el gesto de Florence, y el ambiente de la portada eran, sobre todo, una justificación para el subtítulo al cual me he referido, y que el contenido del libro se resolvería en la sumatoria de experiencias de aula, o en los recuentos de conclusiones sacadas de las reuniones del grupo *Mujer y Sociedad*. Sin haberme adentrado todavía en la lectura, se me pasó por la cabeza entonces que podía tratarse de una obra llena de hipótesis, de tesis respecto del feminismo, de puntos de vista originales y de conclusiones, no exentas del tono de una ternura peculiar que es habitual en las columnas de Florence, las cuales dicho sea de paso, para fortuna de sus numerosos lectores entre los cuales me cuento, fueron recogidas en parte, hace dos años, en un volumen que presentó este mismo sello editorial. En cierta forma no me encontraba descaminado con ese prejuicio inicial, pero la cuestión iba mucho más

---

<sup>1</sup> Presentación del libro *Género femenino: un ensayo autobiográfico* en el acto de lanzamiento en la XVI Feria Internacional del Libro de Bogotá, mayo de 2003.

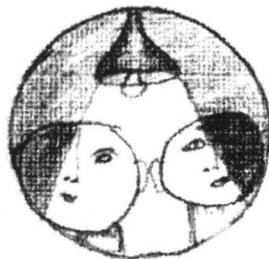


allá: si bien en Género Femenino se resumen innumerables puntos de vista de la autora respecto del tema de la mujer, y a la vez, se esbozan pensamientos y se dan opiniones, el contenido de ninguna manera transcurre de la forma que yo me había imaginado: desde la primera página me topé con un clima literario que trascendía el extrañamiento típico del ensayo, en la medida en que define, sin titubeos, una cuidadosa construcción de índole novelesca que, a medida que se avanza en la lectura, no deja de asombrar por el manejo franco y al mismo tiempo conmovedor de una trama que, línea a línea, empieza a despertar una serie de vibraciones que producen una complicidad entre el lector, capturado sin remedio, y la autora. Desde la primera frase, *“El avión llegó a la hora exacta, hora alemana; a pesar de los latidos acelerados de su corazón, sentía una extraña calma al verlo detrás de la puerta de vidrio”*, se tiene la impresión de que el tono grandilocuente, y a veces un poco rebuscado de los ensayos, se escapa definitivamente de los alcances de este texto, cuyo contenido tiene que ver con la reconstrucción de vivencias y de momentos íntimos, sin la menor pretensión de pontificar. Por mi parte, de forma casi instantánea, caí, apenas sin darme cuenta, en una trampa que me estaba tendiendo la autora con la habilidad de una experta en el oficio de escribir. Poco a poco me fui sumergiendo en un relato que me permitió fascinarme a mi antojo y que, al mismo tiempo, si tenía en cuenta los presupuestos iniciales, me llenó de asombro en la medida en que esas primeras páginas tienen, como ocurre con las buenas novelas, un ritmo incesante, una condición de aventura cotidiana, de esas que obligan al lector a pasar absorto las hojas, dejándose llevar apenas por la fuerza del contenido. Luego descubrí que allí, como suele ocurrir en los relatos de la mejor estirpe, la autora, que para mayor sorpresa era hasta ahora una ensayista y no una novelista, había creado un personaje típico de las ficciones: el verdadero eje del relato. No me refiero a la protagonista que es, de nuevo por la aclaración de la portada, la propia Florence. Me refiero a la voz que nos cuenta un encuentro lleno de implicaciones en el Berlín de principios de los noventa, a una narradora, que como suele ocurrir

en buena parte de las novelas que conozco, es un ser omnisciente, que penetra los espacios del cuento para confabularse con la escritora en el planteamiento de una trama en la cual se entretujan las sensaciones de ambas en un panorama contado desde la feminidad, como era de esperarse, que a cada paso va generando consideraciones más y más inquietantes. Desde el principio, se tiene la sensación de que uno se está inmiscuyendo en un mundo objetivo de mujer, sin afeites, sin truculencias y sobre todo lleno de un sabor de estoicismo marcado por una arraigada tradición de aislamiento que conmueve en cada renglón. En este punto vale la pena aclarar que, por lo general, un buen novelista suele crear en su imaginación esos personajes, a menudo ambiguos y con mucha frecuencia inexistentes, los narradores, que no suelen hacer parte de la historia y que, como si fueran dioses o diosas omnipresentes, se entremeten en todo el acontecer para referir los deseos, las soledades, las frustraciones y las satisfacciones de los protagonistas. En Género Femenino, el uso, en femenino desde luego, de la tercera persona del singular a lo largo de la primera y de la última parte del relato -insisto en la denominación de relato-, implica por fuerza la existencia de una amanuense externa que vierte la historia, y que lo hace con una precisión digna de un constructor de ficciones de largo recorrido: esa “ella”, que en las primeras páginas del libro sugiere la pregunta de si, por un truco de los diablillos que suelen abundar en las editoriales, no le habían puesto una portada equivocada a una novela, se dibuja desde el principio como un personaje con voz propia, y con cierta complejidad, que ha sido creado a propósito por la autora tal vez para tamizar y enfatizar las propias experiencias que son el sujeto de la historia, pero que se revisten de una dosis de distancia, de pura índole literaria, gracias a la existencia de una observadora poco o nada comprometida. Pero esta no es la única coincidencia con el género novelístico. Al seguir adelante en la lectura, se pone de presente que el relato que nos propone la autora está construido con numerosos ardidés de novelista, que los ensayistas de suyo ignoran o desprecian. Para comenzar, a diferencia de estos últimos, los narradores no escogen sus temas; escriben



sobre determinados asuntos porque les ocurrieron ciertas cosas que, a la postre, son matizadas por sus puntos de vista, para reelaborarlas y producir en el lector un efecto, en relación con unos espacios, con unos tiempos y con unas coordenadas precisas, y en función de unas circunstancias dadas y de unas necesidades de expresar los recovecos de su intimidad. Por fuerza, hay que concluir que si en una novela el punto de partida es la propia experiencia, de ninguna manera es el de llegada, en la medida en que entre esos dos momentos existe un orden narrativo que se construye con un material, en buena parte, producto de una sumatoria de recuerdos y de otras elaboraciones. En Género Femenino, también se da esa condición; los vericuetos del relato permiten reconstruir la fisonomía de unos sucesos, de unos actores y, a la vez, explorar unos senderos de reflexión cuyas características se empiezan a revelar desde el momento mismo en que comienza la narración. Quiero hacer énfasis en que a lo largo de estas notas he tenido el cuidado de hablar de historia, de narración, de relato y he omitido ex profeso la palabra ficción. No me cabe duda de que no hay ficción en Género Femenino, pero la habilidad de la escritora reside, ante todo, en el uso acertado de las argucias del fabricante de ficciones para otorgarle toda la verosimilitud a la reconstrucción de un episodio de su vida, del cual se vale, como si fuera una gran parábola, para expresar lo que se propone, su cuento, y que tiene que ver, antes que con sus experiencias de investigadora, con sus sensaciones, con los pensamientos, con los temores, y con las reflexiones de una observadora sobre el papel de la mujer en sociedades aparentemente disímiles pero mucho más parecidas unas a otras de lo que cualquiera pudiera imaginar. Por otro lado, es perfectamente lícito que la escritora, o el escritor en otros casos, alimenten sus narraciones de sus propias experiencias. Si, con cierta prosopopeya, se dice a veces que las memorias son un género menor, ello, de suyo, se relaciona más con la forma que con la histo-

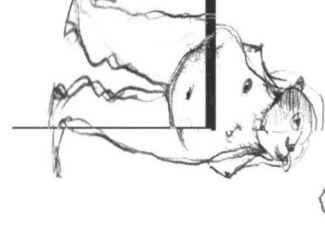


ria. A menudo, el género está marcado por una forma de escribir algo descuidada o por una sucesión de fechas y de episodios deshilvanados, situación que de ninguna manera ocurre en Género Femenino. Por otra parte, es probable que quien afirmó tal tontería no hubiera leído nunca el *Confieso que he vivido* de Neruda o *El Mundo es Ancho y Ajeno* de Ciro Alegría. Por lo demás, en la narrativa, es casi imposible dejar de exhibir rezagos de la propia vida. Borges, en su bestiario, habla del Catoblepas, de ese mítico animal que en las tentaciones de San Antonio de Flaubert se alimenta de sí mismo, y que se convierte en una imagen que sirve para demostrar que, al fin de cuentas, la raíz de todas las historias es la experiencia de quien las cuenta, lo cual una vez más, me remite, ya en relación con la obra que nos ocupa, a una práctica de escritor que encuadra dentro de los más hábiles procedimientos de la narrativa.

Una de las particularidades de Género Femenino tiene que ver con el extraordinario poder de persuasión de toda la historia. Al terminar de leerla no pude evitar preguntarme si se hubiera conseguido ese nivel de verosimilitud, casi esa comprobación de los puntos de vista de la autora, a través de otra forma literaria. En este caso, la estructura de novela, buscada ex profeso en la primera y en la última parte del libro, que sólo es interrumpida durante unas cuantas páginas para referirse a las experiencias de la Universidad Nacional, con un tono más marcado de ensayo, le vienen como anillo al dedo al énfasis que tal vez

buscaba Florence y que guarda una estrecha relación con un poder de seducción que consigue atrapar al lector y que le hace vivir los episodios que se relatan como si él mismo fuera parte de ellos.

En realidad, el tan manido tema de la separación entre fondo y forma termina siendo un artificio en la narrativa, ya que lo que una novela narra es inseparable de cómo lo narra, y por ello las vivencias implícitas en la anécdota de un encuentro, con las descripciones de lugares, con las peri-



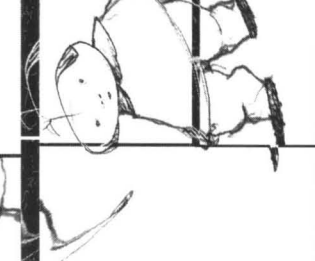
pecias, por ejemplo, de un viaje en tranvía en una ciudad desconocida y de lengua aún más desconocida, con la urgencia de contar las estaciones para saber cuál es el destino en el que debe apearse, con la confrontación con la amante del amante para descubrir ese mundo común, y hasta cierto punto críptico y cifrado, de mujer, tienen el objeto de otorgarle al relato un ritmo incesante que se transforma en un enorme poder de convencer. Si la primera obligación de la literatura frente al lector es la de hacer creíble una invención, o acaso un recuerdo, o un episodio real, estas páginas la cumplen a cabalidad y de una forma por demás satisfactoria: terminan por revelar la esencia misma de la mujer, a través de sus angustias y de sus victorias, de sus pesares, de sus silencios y de sus conflictos.

Hay dos temas que me parece conveniente explorar y cuyo manejo en Género Femenino también se enmarca en lo literario. Se trata, en primer lugar, del espacio, o mejor de los espacios donde transcurre la anécdota que da origen al libro, a toda esa vivencia que nos llega a través de la óptica neutra de una narradora desconocida creada por la autora. La trama ocurre en unos escenarios por definición novelescos, en la medida en que permiten levantar un telón de fondo peculiar y que resulta afortunado como marco de esta historia. Allí está el Berlín de la última década; un Berlín que se reconstruye después de la caída del muro y que se convierte en un eufemismo del intento de reavivar una relación treinta años después de iniciada y hasta cierto punto de olvidada. Es un marco perfecto para las evocaciones y para traer a cuento las visiones de un pasado que permite la configuración del personaje. En los recuerdos también aparece la Normandía de la post guerra donde se mezclan las pieles llenas de sal, con las brisas que empiezan a refrescar en agosto, y con la languidez de los paisajes otoñales. Y por último en el final del libro, se revela un París teñido por el romanticismo de un personaje no exento de una capacidad de autodeterminación que podría haber sido sacado de un relato existencial, o de una crónica contemporánea al mayo del 68. Pero además, el paseo, a veces tranquilo y a veces vertiginoso por esos lugares, se realiza, y aquí otro

elemento novelístico, a través de una comparación permanente, con la mirada de una francesa, casi exiliada por voluntad propia y en buena medida por amor, que vive en una Bogotá caótica y entrañable donde el verde de los árboles oculta un otoño permanente. El otro aspecto, también literario, es el manejo del tiempo, de un tiempo objetivo que transcurre, en la primera parte del libro, en un lapso de tres días, y en la última parte en una tarde, una noche y un amanecer. Esos períodos enmascaran un tiempo subjetivo que es manejado al arbitrio del narrador, mediante el recurso del recuerdo, de la reconstrucción de varios años, que pone de presente el transcurso de toda una vida, la de ese personaje que con toda la información que va recibiendo el lector se transforma en un sujeto típico de la narrativa.

Para completar el panorama, en Género Femenino, las metáforas y las frases descriptivas ensartadas en una cadena que va formando la cadena de la historia, tienen el sabor de la buena literatura: *“los demonios de un pasado inscrito en la piel con los cuales quería aprender a convivir”* o *“Y Berlín era la ciudad apropiada para ello: una ciudad en construcción -como ella-; una ciudad que había aguantado -como ella- la estupidez de los hombres, de sus guerras y de sus ideologías, casi todas absurdas y abdominales”*. Esa ella, que es Florence, pero que hubiese podido ser cualquier otra puesto que la única ligazón con una posible biografía es el título del libro, se introduce en la imaginación del lector y toma fuerza como la razón de ser de una narración donde, como ocurre en numerosas novelas, se confunde con ese personaje desconocido que cuenta la historia, en un ardid que hace parte de la trama. En cualquier caso, esa ella, tierna, anhelante, silenciosa, a veces segura y a la vez insegura, no parecía ser la misma mujer a quien yo leía todas las semanas con admiración en su columna de El Tiempo, aunque jamás me cupo duda de que era la misma protagonista de un relato sobre la navidad en Ruan que me conmovió el pasado diciembre.

Para resumir, antes de terminar las primeras veinte páginas del libro, había dejado de lado la pelea interna sobre si aquello que estaba leyendo era un ensayo autobiográfico o por el contrario se trataba



de una novela: estaba seguro de que era, sin importar si las fuentes se encontraban en la vida de la autora, un relato de gran factura que a cada instante me traía a la memoria ese grupo de escritoras contemporáneas que, a partir de Virginia Wolf, como Marcela Serrano, Carmen Posadas, o Maruja Torres, tienen la capacidad de convertir lo cotidiano en una aventura de reflexiones y de teorías que subrayan la posibilidad de que exista una narrativa femenina, o de que por lo menos la auto-determinación contemporánea y afortunada de la mujer presagie una aproximación nueva y feliz a la literatura. Todo lo anterior significa que en mi opinión, a pesar de la insistencia de la autora en que se trata de un ensayo, este libro debería insertarse más bien en el género novelístico. Florence, acaso la protagonista de *Genero femenino*, con un manejo ágil del lenguaje, y con el uso de una serie de argucias de escritor avezado, se recrea en la reconstrucción de un encuentro a través del cual le da un relieve especial a la forma de pensar y de sentir de una mujer, permite revisar la relación entre los dos sexos y además adentrarse, como suele ocurrir con los novelistas, en una historia íntima. No quiero finalizar sin expresarles que la lectura de *Género Femenino* me dejó la sensación de que conocía un poco más a la mujer desde su propia intimidad. Este libro me dio la oportunidad, que no me dieron la historia ni la cultura, de escuchar una voz femenina que habla sin ambages desde lo más profundo. Sería una tontería recomendar *Género Femenino*. Florence no necesita recomendación alguna; no obstante, una vez hube terminado un relato que se lee en poco tiempo y que cumple con esa condición que se menciona en *El Quijote*, de que lo bueno, si breve, dos veces bueno, comencé a leerlo de nuevo. Como cosa curiosa, Susan Sontag en Bogotá, en la presentación de su última novela el lunes pasado, dijo que lo literario, para ella, era esa sensación que quedaba en el lector de querer volver a leer un libro tan pronto como se terminaba. A mi al menos me ocurrió así, lo cual quería decir, mientras aparece la próxima novela de Florence Thomas, que deseaba prestarle una particular atención a una voz reveladora que ya se había liberado de la desgraciada cultura del silencio. ♦

---

### Malas

Carmen Alborch; Aguilar, 2003.  
Reseña de Florence Thomas<sup>1</sup>

---

Carmen, te quiero decir, ante todo, que me sentí muy honrada y al mismo tiempo feliz de tener la oportunidad de conocerte y por supuesto de presentar tu último libro en esta Feria Internacional del Libro. No haré una presentación formal de este libro titulado "Malas", que Carmen nos ofrece hoy después de "Solas", su anterior libro. Sólo diré dos o tres cosas que permitan abrir un diálogo con ella, porque las mujeres somos, además de solas y malas, chismosas, y me muero de ganas de chismosear con Carmen.

**Solas, malas, brujas, histéricas, santas, madres o putas**, son algunas de las calificaciones con las cuales nos han nombrado a lo largo de la historia. Cuando no encontramos un hombre para acompañarnos, somos solas, solitas; cuando no nos conformamos al molde previsto para nosotras, somos malas; cuando expresamos cualquier deseo más allá del deseo materno, somos brujas; cuando nos tomamos la palabra con vehemencia, somos histéricas, pero cuando somos abnegadas, sumisas y sobre todo silenciosas, somos santas. Madres, super madres, madres devoradoras de hijos, rivales de hijas madres, culpables, madres indignas, malas madres, lo hemos sido toda la vida, y cuando nos queremos alejar de lo esperado, cuando dudamos, cuando sospechamos, cuando nos empezamos a liberar de siglos de imaginarios relativos a la feminidad, no podemos ser sino malas, pero sobre todo putas.

Este excelente ensayo de Carmen, "Malas", trata de encontrar la clave de muchos de estos calificativos, centrándose esta vez más específicamente sobre el calificativo de malas. Digo esta vez,

---

<sup>1</sup> Presentación del libro *Malas* en la XVI Feria Internacional del Libro de Bogotá, mayo de 2003.